

la hermosa jóven diciéndole: «Toma; con esta sortija serás invencible en todos tus combates con los cristianos, invencibles tus descendientes y próspera tu fortuna; pero ¡guay de aquellos que sucedan á quien quebrante su ley, porque serán miserables todas sus generaciones y frágiles como el cristal! Ya que te he recompensado el servicio que por mí has hecho, es necesario separarnos. Nunca volverás á verme, pues así lo ordena mi destino. Torna á tu palacio y recomiéndala á tus hijos la constancia en su religion.»

No dijo mas aquella mujer misteriosa; y arrimándose á un jarron de clavellinas, tronchó un tierno capullo, produciendo un metálico crugido, á cuya sonora y penetrante vibracion tuvo Mahamud que cerrar á su pesar los ojos, viéndose cuando los abrió encima del Genil y en el sitio que eligiera para bañarse: el esclavo negro estaba en la orilla teniéndole sus ropas, sin espresar su semblante asombro ni estrañeza. Preocupado Mahamud por la rara aventura de que habia sido héroe, salió del agua, pidió sus ropas, y vistiéndole prontamente el anciano, dirigióse á su palacio, dudando de aquello mismo que habia visto; pero sintiendo opresion en su mano, levantola en alto, y mirando un mohoso anillo que ceñia su dedo anular, tuvo que dar crédito á aquel estraño é increíble suceso.

Al llegar aqui la vieja Ziula, interrumpió su narracion para cobrar nuevos alientos: miró con una especie de ternura y alegria á los hijos de Bey-Kal, y continuó despues de un momento de pausa.

—A tres generaciones fué trasmitido el famoso anillo de la hija de la Noche, y tres generaciones vivie-

ron en el colmo de la prosperidad y de la dicha. El mismo palacio donde habitaba Mahamud, dió abrigo á sus descendientes, que marchaban á los lugares en que se aposentaba la guerra contra los cristianos, y siempre vencedores, su brazo era la espada del espíritu esterminador, que donde quiera que alcanzaba, iba sembrando la desolacion y la muerte, sin que nunca la mas insignificante lesion dañase alguno de sus acerados miembros. La mansion que servia de asilo á estos fòrmidables moros, tomó el nombre de *Casa de los Leones*, y el poderoso rey de Granada Abu-Abdalá Jusef, los hizo nobles, dándoles los honores de visires cerca de su real familia. La fama, corriendo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, llegó á inmortalizarse entre los verdaderos creyentes, y eran deseados por los monarcas del Oriente y Mediodia. No se empeñaba una accion en que alguno de ellos se encontrase, sin que fuesen completamente victoriosos los musulimes; y ¡ay del soberano que fuese en sus numerosos y aguerridos soldados sin contar entre los mismos un solo *Leon*...!

Las palabras de la protectora de Mahamud fueron ciertas en la era de ventura que profetizó á su posteridad; mas por desgracia, verdaderas fueron tambien al augurar la espantosa suerte en que aquella se trocaria, si abjurase su religion algun muslim de esta familia... Si, hijos de Bey-Kal... la pura flor que abria su sonrosado cáliz á la brisa de la mañana, cayó de su vástago marchita y sin aroma, seca y deshojada.

Del nieto de Mahamud, último y venturoso Leon de Granada, nació un débil y mezquino musulman llamado Abd-el-Nayar, para oprobio y vergüenza de

toda su raza. Legole al morir su padre el anillo que tan religiosamente habia conservado, y le hizo dueño del secreto que formaba su felicidad, exhortándole á conservar el lustre de su casa, secundando los esfuerzos de sus antecesores. Y este hombre, mengua del nombre agareno y baldon de todos los creyentes, viéndose libre de sus acciones con la muerte de su recto padre, tuvo la villana pasion de dejarse arrastrar del amor impuro de una esclava cristiana que estaba al servicio de su palacio. Aun hizo mas; no contentó con infamar asi sus doctrinas, puso el colmo á su falacia, sometiéndose á las exigencias de su amada, rompiendo con sacrilego deseo los lazos de su religion, haciéndose cristiano, y desposándose en seguida con aquella mujer infame. ¡Maldicion eterna al impio nieto de Mahamud! Pero... ¡desdichado! creia una ficcion el secreto revelado por su padre, y tarde conoció la fuerza de su verdad. La misma noche de su matrimonio, cuando se preparaba á gozar las delicias con que le brindaba el voluptuoso nudo en que se habia aprisionado, una espantosa tempestad estalla de improviso. Cúbrese de negro humo la habitacion nupcial, y el anillo de la perseguida del gigantesco etiope que se miraba en un rincon despreciado y solitario, toma poco á poco las formas de un terrible dragon. El humo se hace cada vez mas negro y compacto. Los truenos dan violentos redobles sobre los minaretes del palacio, sus cimientos tiemblan, y los esposos de un dia, trémulos y horrorizados, miran con vidriosos ojos al dragon acercarse lentamente á ellos. Una voz sùnebre óyese en el momento en que repuestos un poco de su espanto quieren huir. « ¡Deteneos!

les dice, en vano será que procureis, pareja maldita, evadiros del castigo que os aguarda; ¡tiembla, miserable Abd-el-Nayar, por haber desoido la condicion que impuse á tu antepasado Mahamud, cuando le entregué el anillo que ha causado su grandeza y tu ruina! ¡Tiembla! vuelvo á decirte, pues sufrirás, no sólo el castigo de tu vileza, sino el que mereces por el daño que has de ocasionar al sucesor que vuelva á tu casa el lustre de que la has despojado, pues que para ello ha de ser vilmente asesinado por un delito vergonzoso que cometa, impulsado por la miseria en que lo has sumido. ¡Calló la tenebrosa voz, y la sucede un horrible estallido; desaparece el humo, y deja en su lugar una corona de vivas llamas que cercan á los esposos. El dragon que ha ido siempre acercándoseles, llega á ellos, abre una enorme boca, y las llamas cubren en este instante toda la habitacion. Solo se oyo un horroroso grito, pero nada se vé mas que fuego.

El dia que siguió á esta noche de catástrofe, vieron en aquel sitio los musulmanes que acertaron á pasar por la ribera del Genil, un montón de escombros, encima del cual lloraba un niño de tierna edad. Unas caritativas mujeres lo envolvieron en un jaique, y lo llevaron á su morada: era el hijo de Abd-el-Nayar, fruto anticipado al enlace que contrajo con la cristiana. Este niño creció en casa de mi madre, pues fué quien lo recogió, y juntos pasamos nuestra infancia. Nos amábamos con el cariño de hermanos, y juntos hubiéramos vivido siempre, á no haberme robado á los quince años un viejo cadí para su harem. Pero



pasó el tiempo, los años gastaron mi juventud, arrugando mi semblante, y el cadí me despidió al mirar lo ajado de mi rostro. Libre entonces como la paloma de los bosques, corrí á buscar á mi adorado hermano; corrí mucho, pero lo encontré al fin. El precepto de la maga seguía cumpliéndose. La miseria había tomado asiento en su derredor. Estaba casado, tenía un hijo tierno como el tallo de la amapola, que se llamaba Bey-Kal. Era vuestro padre. Juré entonces no separarme de mi querido hermano hasta que la muerte cayese sobre alguno de nosotros y lo cumpli. Poco después de mi encuentro, murió la madre de Bey-Kal y yo la reemplacé.... La desgracia perseguía de continuo al hijo de Abd-el-Nayar; todo plan lisonjero que formaba para su porvenir, desvanecíase como los sueños, y no pudiendo sacudir el fatal yugo de la pobreza exhaló en mis brazos su postrimer suspiro.

¡Hijos de Bey-Kal! la misma suerte acosó á vuestro infortunado padre, de quien no me he separado un solo instante.... En su varonil edad, casose con vuestra madre, que al dar al menor de vosotros la vida, perdió la suya.... Habéis salido de la infancia en medio de la desolacion mas completa. Vuestro padre se ha afanado aunque en vano para procuraros una precaria subsistencia; ha trabajado desde sol á sol, desde luna á luna, y nunca ha podido ganar un estipendio suficiente á cubrir sus necesidades.... Siempre zumbaban en sus oídos los agudos y penetrantes clamores de sus hijos pidiéndole alimento. ¡Ah! El decreto de la hija de las tinieblas se ha cumplido.... La falta del impio Abd-el-Nayar ha caido sobre la ca-

beza del infortunado Bey-Kal. ¡Maldicioa eterna á su memoria! ¡Persígale mi anatema hasta la consumacion de los siglos!

Otra vez volvió á callar la anciana agitada por la fuerza de su emocion. Empero bien pronto brilló un fuego extraño en sus relucientes ojos, atrajo hácia sí á los niños que la rodeaban, y les dijo con un acento sentencioso y como inspirada:

—Acercaos.... prestadme aun mas atencion á lo que me resta decir.... Es vuestro sino. Esta noche se encontraba Bey-Kal en aquel rincon inquieto y desazonado. Tenia colgando sus brazos hácia el suelo, la cabeza baja y la mirada feroz. Los rayos del sol habian penetrado por ese ajimez.... la luna los reemplazó en seguida; y en todo este tiempo no habian comido sus hijos.... Faltábale trabajo... Vosotros os acercásteis á él, os subisteis sobre sus rodillas, le acariciábais la barba como el necesitado lebrél lame al dueño que ha de sustentarle, y tú, Reqki, posaste tus labios sobre su oido, y con tembloroso é imperceptible acento, como para evitar que le oyesén tus hermanos, le dijiste: «¡Pan!» Contrájose espantosamente vuestro padre, y levantose arrojándose al suelo, tomó luego su gumia, y salió.... Una somnolencia pesada se apoderó entonces de mí, quise seguirle, mas mis piernas se doblaron, y caí.....

.....  
Mis ojos vieron un magnífico palacio á las orillas del Genil.... Sobre su vistoso y principal minarete, una huri se posaba rodeada de vaporosa nube que despedia célestes resplandores.... Fijó sobre mí su mirada preciosa, diciéndome con armoniosa voz:

«Anciana Ziula: el vaticinio que por mi se comunicó al libertador de mi encantamento Mahamud, acaba de realizarse completamente. Levántate, y anuncia á los hijos de Bey-Kal la llegada de su dicha. Esta noche ha robado el triste Bey para mantener su familia, y ha sido asesinado por los guardias del monarca. Esta víctima se necesitaba para que volviera á su esplendor la *Casa de los Leones*. Desde este instante cesan todas las penalidades que acosaban á esta noble descendencia; otra vez levantará su cabeza para ser el terror de la cristiana grey. Cuida esta misma noche de dar sepultura al cadáver de tu hijo adoptivo, que hallarás cerca de la *Puerta Monaita*, y ven despues á tomar posesion de este alcázar que pertenece á los hijos de Bey-Kal.....

Vuestros esfuerzos para despertarme disiparon este sueño, pero semejante revelacion no es una quimera.... Venid, hijos, venid á cumplir las órdenes de la maga; y tomándolos de la mano salió de su casa con direccion á la *Puerta Monaita*, donde hallaron el cadáver del malogrado musulman. Habia sido muerto por una descomunal herida que le atravesara el pecho.

Postráronse de hinojos ante él la egipcia y sus hijos, y rezaron en voz alta y entre amargos sollozos fervientes oraciones. Despues cargó la anciana sobre sus hombros el inanimado cuerpo, auxiliada por aquellos, y le dió religiosa sepultura.

El sol comenzaba á teñir de escarlata los montes de risco que ciñen por Levante á Granada, cuando la anciana y los niños llegaron al sitio donde existiera

antes el palacio de sus mayores. Un pintoresco alcázar se destacaba á corta distancia del rio, y en un ameno y risueño prado.

—Entrad, les dijo Ziula estendiendo su brazo hácia las abiertas puertas del palacio; entrad y tomad posesion del señorío que os pertenece y del que habeis estado privados.

Obedecieron los hijos de Bey-Kal, y entraron con la vieja. Protegidos aquellos por la poderosa influencia del anillo de la hija de la Noche, que hallaron en una caja de oro, fueron invencibles en cuantas guerras despues se encontraron, volviendo á tomar su palacio el orgulloso nombre de *Casa de los Leones*. Los que habitan esa mansion fortificada ahora, y que encierra no corta guarnicion mahometana, son como dije al principio, el moro Abul-Khatar y sus hermanos hijos del infortunado Bey-Kal; y conservando firmemente sus creencias gozan de una vida próspera y feliz, siendo el terror de los cristianos que conocen sus maravillosos antecedentes y huyen despavoridos á la sola presencia de cualquiera de ellos.

Tal es la rara historia de esa casa que vemos desde aqui, segun escuché á los soldados del campamento, y que ha llamado vuestra soberana atencion.»

### III.

De este modo concluyó doña Sol su relato que escucharon atentamente la reina y demas personas que alli se hallaban.

—Hasme proporcionado notable solaz, dijo doña Isabel á su dama, y por cierto que es bien estraña y fantástica la historia de ese albergue de moros. ¡Qué tradiciones tan estupendas se conservan entre los arabes!

—Ahora recuerdo, exclamó don Alonso de Agui- lar, que dias pasados me señaló un soldado aventure- ro de mi hueste, ese recinto, y por cierto que le vi palidecer al mirar la cabeza de un moro que asoma- ba sobre el pequeño parapeto.

—¿Y qué te dijo? preguntó con curiosidad la reina.

—¡Ved, señor! exclamó casi aterrado, ¡ved un *Leon!*—¿Qué quieres decir, hombre? le interrogué con asombro.—Que aquel perro que alli se divisa pertenece á una casta que tiene de hierro los miembros, y no hay espada que los hienda —¡Bah! contesté con indiferencia, creyendo sería un bobo engañado por algun tuno.—Preguntad, insistió el soldado, preguntad á los compañeros y conoceréis la

verdad de cuanto he hablado.—Yo no le hice caso, y lo dejé con sus creencias. Mas ahora veo que es preocupacion mas arraigada en la soldadesca de lo que creia.

—¿Y tú qué dices á esto, Gonzalo? preguntó al cabo de algun tiempo doña Isabel.

Tan pensativo se hallaba el ilustre guerrero que no oyó la voz de la reina.

—Segun parece, continuó ésta, te ha hecho bastante sensacion la anécdota de doña Sol: ¿tanto te impresionas, Gonzalo?

No hubiera respondido tampoco éste á la segunda pregunta de la reina, á no habérselo advertido el de Aguilar que se hallaba á su lado

—Dispensadme, señora, contestó prontamente, pero.... sí.... es verdad.... ha llamado mucho mi atencion ese extraño suceso.... y tanto, que si me dais permiso...

Detúvose un momento el caballero, como si temiese decir demasiado, mas viendo que la reina esperaba acabase de explicar su pretension, exclamó con interés:

—Señora, dadme licencia para adelantarme un poco, pues ardo en deseos de reconocer mas de cerca esa *Casa de Leones*.

—Cuidado con lo que pedis, mirad que es arriesgada la bajada por este sitio, no os vaya á recibir el Genil, y tenga yo el disgusto de ver mojado un guerrero mio.

—¡Oh! descuidad..... Si acaso solo se mojará el acero de mi coraza.

—Bien, pero no os acerqueis tanto que pueda alcanzaros la garra de esas fieras.

—Llevo á mi izquierda, un remedio para embolarla.

—Id pues, ya que tan provisto estais; pero de todos modos observad donde sentais el pié.

—¡Oh! gracias, señora.

—Advertid que aqui aguardo, Gonzalo.

—Seré con vos dentro de unos instantes.

Hizo un gracioso saludo á la reina, y se alejó el de Córdoba bajando la colina con direccion al rio.

—Mucho siento no vaya á despeñarse por este endiablado cerro. ¡Qué caprichosos son mis soldados! dijo, doña Isabel siguiendo con la vista la marcha del caballero.

Los rayos del sol, cayendo sobre la bruñida armadura del jóven castellano, hacia la relumbrar como si reflejase en un cristalino lago.

Aquel pequeño grupo estaba absorto en la contemplacion del audaz guerrero, que habiendo conseguido despues de peligrosos descensos llegar al rio, lo pasó con valeroso denuedo, y llegando á la opuesta orilla, se dirigió resuelto hácia el *Palacio Darluet*.

—¡Qué veo! exclamó de repente la reina, ha pasado el rio y desenvaina su larga espada que reluce como una franja de fuego; se vuelve hacia nosotros; hace una cortesía con ella... y... ¡gran Dios! se dispone á saltar la muralla!

En efecto, despues de haber saltado el pequeño parapeto, se introdujo el de Córdoba por una especie de claraboya que en la fachada meridional tenia el palacio, desapareciendo de la vista de su reina.



—¡Ay! ¡bien me temia alguna imprudencia! dijo ésta con amargura; ved por qué niñería, por qué temerario capricho, voy á verme desposeida de una de mis mejores lanzas y de mis mas leales pechos..... ¡Oh! ¡no saldrá vivo de esa infame guarida!

Asombrado de aquella audacia, ni el mismo Aguilar acertó á responder á su soberana.

—Vé, Aguilar, vé, continuó doña Isabel, no pierdas tiempo, tal vez tu ayuda le sea necesaria; y tú, Sol, vuela al campamento, y di que su reina necesita cincuenta valerosas lanzas. No os detengais un momento, marchad.

Iban á partir dama y caballero para cumplimentar las órdenes que les daban, cuando un grito de sorpresa y alegría que exhaló doña Sol, hizo poner en movimiento á doña Isabel, y detuvo en su ida á Aguilar.

—Mirad, señora, mirad, dijo la dama tendiendo los brazos hácia el palacio de los hijos de Bey-Kal.

Apareció radiante de alegría el rostro de la reina con el espectáculo que se le presentaba.

La casa llamada de los *Leones* vomitaba moros por todas sus puertas y ajimeces, los que apenas se vieron en el campo, corrian como galgos diseminándose en todas direcciones por aquellas áridas montañas. Confados los árabes en la segura posicion de su palacio, vivian tranquilos, á pesar de la proximidad del ejército cristiano, sin pensar en precaverse de cualquiera sorpresa; mas al ver de improviso y cuando mas descuidados se hallaban, un guerrero cristiano en sus mismos aposentos, fué tal el temor que experimentaron, creyendo sin duda la ciudad perdida, que pro-

curando solamente salvar sus vidas, huyeron desparvoridos, sin volver por algun tiempo del tremendo susto que recibieron á la impensada vista del soldado. Detras del último salió un gigantesco guerrero con la visera echada y espada en mano, repartiendo á diestro y siniestro mandobles de buen aire y mejor temple; y haciendo brotar rayos de su anchurosa hoja. Era Gonzalo de Córdoba.

A los pocos momentos y despues que hubo parado en su faena, no quedó un solo moro en el campo. Parecia que la tierra se los habia tragado.

Envainó entonces aquel héroe su formidable tizona, levántose la celada, volviendo á pasar el rio, y se dirigió al sitio de donde poco antes habia partido.

—¡Reina de Castilla! dijo al llegar, sabed que desde hoy, la *Casa de los Leones* ha cambiado su pomposo nombre por el mezquino de *Casa de Gallinas*, pues no son otra cosa los miserables que en ella habitan. Cuando os refieran anécdotas como la que hoy os han contado; y en la que pueda haber, no uno, diez de esos perros, que sean capaces de hacer frente á un solo cristiano de vuestro ejército, darles el crédito que se merecen, acordándoos de lo sucedido con los *Leones* del palacio de *Darluet*. Ahora pido humildemente perdon á mi reina, por haber acometido esta empresa sin su permiso; pero mi corazon español no podia soportar se ultrajase, ni aun en cuentos, el nombre de sus compañeros.

—¡Ah, Gonzalo! no lo merecias por el susto que me has hecho pasar! contestó la magnánima y sensible Isabel. Mas, levanta, añadió viendo á sus piés al

ilustre caballero, ¿habia de negar mi perdon á tan valiente soldado?

—Sois tan buena como grande, exclamó el guerrero besando su regia mano.

—Cual corrian! dijo á este tiempo don Alonso abrazándolo.

—Como gallinas, Aguilar, como gallinas, contestó el atrevido guerrero: y todos volvieron al campamento, donde pronto se estendió la noticia de tan temeraria empresa, llevada á cabo por un hombre que aun en sus primeros años dejaba conocer al héroe que mas adelante habia de admirársele en toda Europa, y ser acatado por todo el mundo con el glorioso y bien adquirido nombre de *Gran Capitan*.

De este suceso memorable, data el de *Casa de Gallinas*, que aun conservan las escasas ruinas que se encuentran á tres cuartos de legua de Granada, siguiendo una vereda que comienza en el *Haza de la Escaramuza*, y alli conduce por entre precipicios y barrancos. Las incomodidades de este camino son compensadas por la deliciosa vista que se descubre desde la montaña que hay un poco mas allá de dichas ruinas, que tienè su pié en el Genil, y que dá frente á la en que miraba la reina el *Palacio Darluet*.

**GONZALO**  
**FERNANDEZ DE CORDOBA.**

(LA BUÑOLERA.)

POR

*D. Manuel Fernandez y Gonzalez.*

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA

A fines del año de 1491 la ciudad de Granada estaba en gran escasez; los cristianos habian talado las mieses en el verano, y los panizos y el mijo habian sido quemados tambien.

No habia aldea en la vega que no mostrase el paso devastador del castellano, ni tierra que no hubiese sido testigo de algun terrible hecho de armas.

Las gentes de la campiña, temerosas del conquistador, habian corrido á ampararse tras los muros y los castillos de la ciudad; y aquella gente inútil para la guerra, á propósito solo para agotar los mantenimientos, que ya no entraban ni aun por la parte de

la sierra abierta á los caminos de las Alpujarras, se agitaba inquieta, agijada por el hambre, y cada día á la puerta de los panaderos tenia lugar alguna riña, que acababa en motin, y á veces en rebelion poderosa, que hacia correr la sangre por las calles y temblar sobre sus débiles fundamentos el ya vacilante trono del rey Abu-Abdallah.

En vano Muza Ebn-Abil-Gazan en la vega, y el prudente wisir Ebn-Comija en el Consejo, pretendian remediar el mal; Muza era batido en cada salida, el precio del pan acrecia, agotábanse los graneros, y los judios mercaderes, acusados de usureros, eran sacados de sus casas y arrastrados por el populacho.

Empeñábanse los bandos civiles á la sombra de la miseria pública, conspirábase abiertamente y á la luz del sol, tratábase de entregar la ciudad á los cristianos, y los algazazes (1) llevaban cada dia una fausta nueva á las tiendas de los reyes Católicos.

Granada la de los árabes y los moros, avecinaba al ocaso de su reinado el astro de su gloria, y desgarrada, hambrienta, noble matrona rendida mas por sus hijos que por el cristiano, pretendia en vano cubrir su vergüenza con los últimos girones de su púrpura de sultana.

Muza probó el último esfuerzo, y un dia al amanecer, salió de Granada para sitiarse en sus reales á los cristianos, con diez mil ginetes é innumerable suma de peones y gente menuda, mas á propósito para promover ruido, confusion y algazara, que para el gran

---

(1) Espias.

intento que ardía en el pensamiento del valiente emir.

Fatal fué aquel día para las huestes de Ismael; desbandados los peones á la primera embestida de los castellanos, envolvieron á los ginetes, que tornaron grupas y huyeron, no siendo bastante á contenerlos los esfuerzos de Muza, de Reduan Venegas, de Abdel-Kerin, y de otros buenos caballeros, la mayor parte de los cuales tiñeron por última vez sus lanzas en sangre castellana.

La enseña del Islam fué hollada por los corceles de los vencedores, y los escuadrones musulimes metidos á lanzadas dentro de los muros; perdieron la artillería, los estandartes, las torres de atalayas, y las espadas de Gonzalo Fernandez de Córdoba, de Hernando del Pulgar, de Garcí Laso de la Vega, de los condes de Cabra y de Tendilla, y de otros ilustres capitanes, se tiñeron en sangre mora hasta las empuñaduras, con vergüenza de Muza Ebn-Abil-Gazan, que furioso como un toro agarrochado, juró por Allah y por su nombre de caballero, no volver al campo con los peones.

Se cumplía lo escrito; el emir habia sido destrozado, y si ondeaba aun en las torres de la Alcazaba la bandera de Ismael, era al embate del viento de la degradacion y de la desgracia.

Esta funesta rota difundió el terror en Granada y empeoró su miseria; los cristianos circunvalaron la ciudad, cuyas puertas se cerraron temerosas, y la inmensa multitud contenida en ella, empezó á sentir los padecimientos del hambre á que por la fertilidad de la tierra no estaban acostumbrados.

Por do quiera surgia un alboroto: los desacatos al

rey eran ya ostensibles, y la sultana Zoraida, encerrada en su alcázar del Albaicín, llorando la infausta suerte de Aben-Hamet, ansiaba la llegada del día, en que lanzada de Granada por los cristianos, pudiese pasar al Africa y verter aquellas ardientes lágrimas sobre la tumba de su infortunado amante.

Y fijo siempre en su pensamiento este deseo, su oro corría entre el pueblo, y sus parciales le incitaban á la rebelion, y el cáncer de muerte se estendia mas y mas en el corazón de Granada destrozada por sus hijos.

Con esta lucha terrible, inmensa, rugiente, no era difícil augurar el día, en que el conquistador hollaría el Korán sobre el pavimento de la mezquita real de la Alhambra.

Habia por aquellos tiempos en Granada, en la calle de Elvira, cerca ya de la Plaza Nueva y frente á un antiguo pilar, en un pequeño ángulo formado por dos esquinas de una reducida é irregular plazuela, una buñolería trasformada en despacho de pan por efecto de la situación, y por lo mismo defendida por una valla y guardada por almoravides, destinados á contener el populacho.

Tras la valla, y alternando con algunos robustos panaderos, servía el despacho una hermosa mora, de ojos grandes y negros como sus profusos y relucientes cabellos, de tez morena, boca purpúrea y sonrisa un tanto desdeñosa; es fama que muchos de los concurrentes á la buñolería, mas que por los buñuelos, eran atraídos allí por el afán de saciar sus miradas en la contemplación del redondo cuello, el alto senó y el gentil talle de la buñolera, y que mas de una no-



che en alta hora, solia interrumpirse bruscamente algun romance cantado bajo sus ventanas, por áspero son de espadas, á que seguian gritos de muerte ó de dolor.

La mora estaba sorda á los ruegos de todos sus amantes, y algunas veces sus ojos mostraban señales de haber llorado; entonces los concurrentes diarios recordaban que dos años antes, habia salido de Granada con las taifas (1) que fueron vencidas en el Zenete por Hernando del Pulgar, y no se extrañaba ya que Haxima (asi se llamaba la mora) se mostrase sorda á las súplicas de sus nuevos amantes, siendo fiel á la memoria de Aben-Hamut, que no habia vuelto con los destrozos restos del ejército que marchó sobre Guadix y que sucumbió en el Zenete.

Sin embargo, seguian tenaces algunos, esperando que el tiempo y las nuevas pretensiones borrarán en el ánimo de la mora los recuerdos de Aben-Hamut, que sin duda habia sido muerto en aquella desastrosa jornada.

Aquel dia una multitud inmensa cercaba la valla y menguaba el pan rápidamente, y los almoravides se veian obligados á contener con los cuentos de las picas á la multitud que se agolpaba hambrienta sobre la panaderia.

Pero á un mismo tiempo, por la parte de arriba de la calle de Elvira, llegaron dos moros, soldados al parecer, segun las libreas, de Muza, y pretendieron abrirse paso por medio de la turba, codeando á dies-

---

(1) Lo equivalente á escuadrones entre los moros.

tro y siniestro sin consideracion á niño, mujer, ni anciano.

Aquellos no venian por pan, puesto que como hombres de guerra de Muza, le alcanzaban cómodamente en los cuarteles del rico y poderoso emir, sino por los ojos de la buñolera, pretendiendo llegar, no solo hasta la valla, sino mas allá de ella, á los oscuros aposentos donde sobre limpias y poco elevadas mesas se servian los esquisitos buñuelos á los cuotidianos consumidores.

La empresa era punto menos que descabellada; acabábase el pan y la multitud se estrechaba y comprimia cada vez mas.

Y ellos siguieron pisando, atropellando y apartando, hasta que al fin, la turba ocupada antes en las necesidades del momento, reparó en ellos.

Alzose un alarido terrible, alarido de envidia y de indignacion; y todos los semblantes y todos los puños se volvieron á los dos moros que habian logrado al fin acercarse á la valla.

—¡Afuera los esclavos! gritaron, nosotros venimos por pan, y ellos lo tienen en hartura; ¡afuera! ¡que vayan á arrojar-se á los piés de su señor el emir!

Y tras esto zumbaron algunas piedras, y por temor á ellas se cerró la buñolera, y los almoravides tendieron las picas sobre los alborotadores.

Exasperáronse éstos, al mismo tiempo que los dos almogawares, viendo malogrado su intento por el temprano cierre de la tienda, se miraban con prevención y en actitud hostil.

—Tú eres causa, dijo el uno, de que Haxima nos haya dado con la puerta en el rostro.